pecados (Hechos 22:16) no se rebeló contra este mandamiento y no discutió con el predicador sobre ello. Su pensamiento había cambiado ya al arrepentimiento, y en lugar de seguir un camino opuesto a Cristo, quería someterse a la voluntad de Cristo. Su deseo más grande era obedecer al Señor lo más rápidamente posible. Así Lucas nos dice que "fue bautizado inmediatamente". (Hechos 9:18). El arrepentimiento es el precio exigido para convertirse en discípulo de Cristo. Cuando un hombre ha cambiado su mente con respecto al pecado decidiéndose a dar su vida sin reserva a Jesucristo, ha debido contar el precio y ha debido aceptar alegremente todos los sacrificios y todas las privaciones necesarias para ser su discípulo. Quiere obedecer todo lo que el Señor ordena, renunciando a su interés personal, a todo deseo carnal y a todo prejuicio a fin de agradar a Aquel de quien proviene todas las bendiciones materiales y espirituales. Lea con atención las parábolas de la torre inacabada y la de la guerra temeraria en Lucas 14:25-33.

Cierto profesor de la Biblia, comentando estas dos parábolas, comentó: "Todo hombre que se convierte en discípulo de Jesús debería contemplar con calma y deliberadamente todas las consecuencias posibles de esta relación y prepararse a aceptarlas. En los asuntos ordinarios de la vida, los hombres actúan con prudencia y previsión. No empiezan a luchar sin tener la esperanza de vencer. No hacen la guerra cuando hay muchas posibilidades de ser vencidos. La religión es también una obra que exige reflexión,

pensamiento sobrio, deliberación, calma, y nadie se puede comprometer de verdad sin decidirse, por la gracia de Dios, a cumplir todas sus condiciones y a hacer de ella la ocupación principal de su vida. Debemos esperar dificultades en la religión. Nos costará la modificación de nuestros pecados, una vida de renuncia, un conflicto con nuestros deseos carnales, la enemistad y las ofensas de los hombres del mundo. Si no decidimos resueltamente abandonar todo lo que sea necesario y sufrir todo lo que nos pueda suceder, no podemos ser discípulos de Cristo".

Al estudiar la similitud entre el arrepentimiento y la fe en el evangelio, vemos que la fe en Cristo no puede apropiarse de la salvación mientras que el pensamiento y la actitud se alineen con el pecado en vez de alinearse con la voluntad de Dios. Muchas personas aceptan que Jesucristo es el Hijo de Dios y el Salvador del Mundo, pero siguen en el pecado porque no se han arrepentido. Cuando, por fe, comprendemos realmente la bondad de Dios, manifestada en la dádiva de su Hijo Jesucristo a este mundo pecador, y cuando tiene, en consecuencia, tristeza por el pecado, entonces y solamente entonces su voluntad obstinada se cambiará en arrepentimiento para salvación.

Estudiante, si no se ha arrepentido todavía de sus pecados en el nombre de Jesucristo, **¿NO DESEA CAMBIAR SU ACTITUD HACIA ÉL MIENTRAS TODAVÍA TIENE TIEMPO Y OCASIÓN?**

EL EVANGELIO DE CRISTO

(Curso bíblico por correspondencia)

LECCIÓN 5

EL ARREPENTIMIENTO EN EL NOMBRE DE CRISTO

El arrepentimiento del pecado es una condición esencial de la salvación. Jesús dijo: "Si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente" (Lucas 13 :3-5). Pedro dijo: "Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados..." (Hechos 2:38). Vemos que el arrepentimiento va precedido de la fe en Cristo como el Hijo de Dios y Salvador de los hombres en Lucas 24:47 y Hechos 2:38, donde se describe el arrepentimiento como habiendo sido predicado y cumplido en el nombre del Señor. Es evidente que nadie se arrepentirá en el nombre (por la autoridad) de Cristo si no le acepta, por fe, como legislador, Salvador e Hijo divino de Dios.

Habiendo probado la necesidad absoluta del arrepentimiento y el lugar que ocupa en el plan evangélico de la Salvación, una pregunta surge naturalmente: **¿QUE HACEN LOS HOMBRES DESPUÉS DE ARREPENTIRSE DE SUS PECADOS?** La respuesta a esta pregunta se dará en los párrafos siguientes.

Una concepción normal es que el arrepentimiento significa tristeza o remordimiento por el pecado; pero, según el evangelio, el arrepentimiento es más bien el efecto de una tristeza según Dios: "Ahora me gozo, no porque hayáis sido contristados, sino porque fuisteis contristados para arrepentimiento... Porque la tristeza que es según Dios produce arrepentimiento para Salvación, de que no hay que arrepentirse; pero la tristeza del mundo produce muerte" (2ª Corintios 7:9-10). Este pasaje nos enseña que la tristeza según Dios y el arrepentimiento no son la misma cosa, sino que la primera es necesaria para producir la segunda.

Otra concepción que muchos admiten es que el arrepentimiento es la reformatión o el cambio de vida. Pero según la palabra de Dios, la reformatión de la vida es el fruto del arrepentimiento así como el arrepentimiento es el fruto de la tristeza según Dios. Cuando Juan el Bautista pedía al pueblo que hiciera "frutos dignos de arrepentimiento" (Mateo 3:8) hacía una distinción entre el arrepentimiento y

los actos de una vida reformada llamando estos últimos “*el fruto del arrepentimiento*”. En Hechos 26:20, Pablo dice que su predicación debería tener como resultado “*el arrepentimiento y la conversión a Dios, haciendo obras dignas de arrepentimiento*”. Aquí, vemos de nuevo que el arrepentimiento es diferente a la reformación de la vida. Hechos 3:19 dice: “*Arrepentíos y convertíos, para que sean borrados vuestros pecados*”. En este mandamiento, la Palabra “*CONVERTÍOS*” expresa un hecho que ocurre después del arrepentimiento. La idea de la reformación está comprendida en la palabra “*CONVERTIR*”, pero si el arrepentimiento significa reformación, hay repetición en el texto.

En toda la Biblia, la palabra “*ARREPENTIMIENTO*” significa en principio un cambio de mente o de parecer. Note algunos ejemplos en su empleo:

1. “*y vio el Señor que la maldad de los hombres era mucha en la tierra, y que todo designio de los pensamientos del corazón de ellos era de continuo solamente el mal. Y se arrepintió el Señor de haber hecho al hombre en la tierra, y le dolió en su corazón. Y dijo Dios: Raeré de sobre la faz de la tierra a los hombres que he creado... ; pues se arrepintió de haberlos hecho*” (Génesis 6:5-7). Los hombres se habían corrompido y Dios “*se arrepintió de haber hecho al hombre en la tierra*”. Esto no puede interpretarse diciendo que Dios había cambiado su mente al ver un mal que había cometido, como deben hacerlo los hombres cuando pecan. Solamente debemos comprender

que Dios cambió su mente o su actitud respecto a los hombres pecadores. Es más, había sido paciente con ellos, pero en aquella época decidió destruirlos, a excepción de Noé y de su familia.

2. “*Juró el Señor, y no se arrepentirá: Tú eres sacerdote para siempre, según el orden de Melquisedec*”. Esta profecía se repite en Hebreos 7:21: El Señor había jurado que Jesucristo sería sacerdote soberano según el orden establecido por Melquisedec, y no se arrepentirá, es decir que no cambiará nunca de opinión sobre ello. Quiso que fuera así y su decisión permanecerá.

3. Jeremías 4:28. Este pasaje relata algunos decretos del Señor; uno de ellos dice: “*... Porque hablé, lo pensé, y no me arrepentí, ni desistiré de ello*”. El Señor dice simplemente que no cambiará ni su actitud, ni la resolución tomada por sus decisiones. Lea Éxodo 32:1-14; Jeremías 18:7-10. En todos estos pasajes vemos que la palabra “*arrepentimiento*” significa un cambio de mente, de actitud y de parecer.

Así que la palabra “*ARREPENTIMIENTO*” en el evangelio significa, literalmente, un cambio de corazón y de idea. Esta definición se ve claramente en una pequeña parábola de Jesús: “*Pero ¿qué os parece? Un hombre tenía dos hijos, y acercándose al primero, le dijo: Hijo, ve hoy a trabajar en mi viña. Respondiendo él dijo: No quiero; pero después arrepentido fue*” (Mateo 21:28-29). ¿Qué arrepentimiento empujó a este joven a obedecer a su padre después de haber rehusado hacerlo? Fue su arrepentimiento,

que por el lenguaje de Jesús se ve claramente que es un cambio de idea y de parecer. Nunca habría obedecido a su padre si hubiera conservado su actitud rebelde; pero un cambio de pensamiento produjo un cambio de dirección y fue a la viña.

En resumen, el arrepentimiento, en el marco del evangelio, es un cambio de idea y de voluntad producidos por la tristeza por el pecado y teniendo como efecto una renovación de la vida y un cambio de dirección. Admitiendo esta explicación, no debemos olvidar sin embargo que la fuerza principal que lleva al arrepentimiento es la voluntad de Dios, el Creador. “*...la voluntad de Dios te guía al arrepentimiento*” (Romanos 2:4) ¿Y cuál es la expresión más grande de la bondad de Dios hacia los hombres sino la dádiva de su único Hijo para que muriera por nuestros pecados? (Juan 3:16) Ningún otro poder puede inspirar en el corazón del pecador un verdadero arrepentimiento como el amor de Dios manifestado a través de Jesucristo crucificado.

Revisemos cuidadosamente todo lo que hemos dicho para establecer la relación entre el arrepentimiento y el plan entero de la salvación en Cristo. Vamos a imaginarnos una persona viviendo en pecado, sin esperanza en el mundo, separado de Dios y en la vía de la condenación eterna. Esta persona escucha el mensaje del evangelio, el testimonio sobre Jesucristo, el Hijo de Dios y Salvador del mundo, crucificado y resucitado, con autoridad sobre el cielo y la tierra. Aceptando este testimonio, cree en Jesucristo. Por la misma razón es llevada a la convicción de que es

un pecador perdido y viendo el gran amor y la bondad de Dios que envió a su Hijo para que diera su vida por los pecadores, se entristece por sus pecados. Siguiendo a esta tristeza y confiándose en Jesús y en su sangre para alcanzar el perdón cambia de idea con respecto a la práctica del pecado, se decide a obedecer al Señor, a seguirle en los senderos de la justicia y a renunciar a todo lo que podría impedirle ser leal al amado Maestro. El cambio de idea que se efectúa en esa persona, la determinación de abandonar el pecado y entregarse sin reservas al Señor, es el verdadero arrepentimiento. La primera expresión de este arrepentimiento será la obediencia a la voluntad divina sometándose al acto del bautismo para la remisión de sus pecados (Hechos 2:38), después de una simple confesión de su fe en Jesucristo (Hechos 8:37).

Ningún mandamiento de Cristo es demasiado difícil ni demasiado penoso para el que está realmente arrepentido. Si una persona que pretende creer en Cristo se obstina en no obedecer alguna orden divina cualquiera que esta sea, es que esta persona no se ha arrepentido; su voluntad personal y su deseo obstinado de persistir en la rebelión contra Dios no ha cambiado. El arrepentimiento hace posible un cambio en la dirección de la vida: del pecado a la justicia, de Satanás a Cristo. Pero el impenitente que continúa revolcándose en la rebelión contra Dios, rehúsa escuchar los mandamientos de Dios.

Cuando el penitente Saulo de Tarso recibió de Ananías la orden de levantarse y hacerse bautizar para ser lavado de sus